

Kinetoscopio

ÁNGEL DE CAMPO, MICRÓS

Deshojando la margarita⁴

ESTÁ FRENTE a mi mesa y ayer todavía me puse a mirarlo; es un plastrón de cromo representando una juerga de gatos que han volcado un tintero; uno de ellos hinca una garra en un marco de flores de un color lacre capaz de enfermar la vista y unos myosotis ultra azules. Ahí estaban las trescientas sesenta y cinco hojas del exfoliador; no queda más que una: blanca, con el mes, el día, el estado de la luna, las horas del trabajo del sol, el nombre de San Silvestre que llega como los gendarmes a recoger muertos, y alguna efeméride que nos tiene sin cuidado. Y cosa rara en los que siempre nos estamos lamentando, casi en la cuenta de que ha pasado un año, un año cuyo balance no es cosa fácil de hacer a la hora de los brindis, que es una hora patológica.

¡No queda más que una hojal, una hoja frágil de papel pegada con goma al cartón, una hoja que aletea como queriendo volar, el pétalo postrero de esa margarita que nos dice cosas tan dulces en la mañana y nos da tantos dolores en la noche; una hoja simbólica que nos detiene frente a la pared más que otras veces, la hija me-

⁴ Micrós. "Deshojando la margarita". *El Universal*, 1 de enero de 1896, t. XIII, 2ª época 1, 1.

nor de esa generación de meses, semanas y días, que uno por uno han caído a la cesta de los papeles, y después de haberse leído el acertijo, la charada insoluta, el chiste, el epigrama, el cantar o el aforismo impreso al dorso... Y hemos hecho con la vida lo que con ese exfoliador; de igual manera arrojamos los días, con la misma prisa miramos la fecha, preocupados por los quince y los primeros, dando la bienvenida a los domingos, bostezando el lunes y concediendo prerrogativas de desorden al sábado; hemos hecho con la vida lo que con esas hojas, que por leer cuanto antes la solución de una charada, arrancamos prematuramente cuatro días; hemos visto a la vida como esos grandes números, execrando la fecha, no la víspera sino el día siguiente; sin previsión jamás, con arrepentimiento siempre. Es la más curiosa de las novelas, una novela de simbolismo, una novela por entregas, leída de prisa y arrojada a la basura, entre una fumada de cigarro y una cuartilla original.

En la tómbola de la existencia antójaseme que el calendario lleva los números que nos han tocado, y que existe en los cielos en las loterías de las ferias, un arsenal de premios para todos los gustos, y digo premios por ignorancia de otra palabra. Sale el dos, y al dos corresponde un desengaño; el 27 marcará mañana una desgracia en la esquela de defunción; el 15 una calumnia; del 16 al 20 la fe en no importa qué afecto muerto el 21 a.m.

Entretanto descolgamos el exfoliador empolvado, irrumpiendo quizá los coloquios que entablaba con el reloj, cuyo tic-tac es el eco de los tijeretazos de la Parca; lo descolgamos con placer porque para el ido siempre tuvimos censura; y ya desenvolvemos el otro, el otro que tiene una manola de rojo carmesí golpeando la encintada pandereta, mostrando el correcto pie, arrastrando en un golpe de baile la sedería revuelta de la enagua dorada con la flequería retozona. Bienvenida tú, mocetona de ojos rasgados; bienveni-

da tú, que ofreces con la boca besos y perjurios, y con la mano fatigada por las pulseras sonantes, una caña de Manzanilla... ¡Bienvenida, *Soleá* del torero y tribulación del gitano! Quién sabe si serás una ironía vestida de colores o un buen augurio, porque, en materia de almanaques, no son los de cromo más alegres, los menos tristes; y sabe Dios si mientras tú cantas la petenera triunfal, abajo llore no importa qué fecha de lutos y dolores. Mira, hay algo de naipes en esas hojas y algo de albur en la existencia; apostamos la vida; se corren... ¡1° de Enero a la puerta!

¡Cántanos; bienvenida, ríe, toca el pandero y baila, mientras abajo lloran!

Por Agustinos⁵

Más de un viejo de capa lustrosa y sorbete canoso, ha suspirado en la esquina de la Diputación⁶, convertida en un mentidero; ha suspirado por los años que fueron, ha suspirado por sus mocedades, por toda la odisea de su México viejo, que se convierte al golpe de la piqueta, en derrumbe de piedras y nublazón de polvo secular.

No creí que el Portal de Agustinos⁷ tuviera tantos devotos, jamás supuse que aquella esquina hubiera sido teatro de tantas aventuras políticas, religiosas y galantes; hasta que he sorprendido fragmentos de conversación entre una devota del tiempo de Mari Castaña y un habitado de los cigarros del más antiguo Estanco. Quién, conmovido hasta lo más profundo de las entrañas, entrañas muy trabajadas por los años, recuerda los asados de pollo ent-

⁵ Micrós. "Por Agustinos". *El Universal*, 11 de enero de 1896, t. XIII, 2ª época, 7, 1.

⁶ El edificio de la Diputación fue uno de los primeros que se construyeron en la ciudad. Albergaba las casas del cabildo o palacio municipal. Fue destruido en el motín de 1692; la reedificación fue comenzada en 1714 y se concluyó en 1722. "En los años del porfirismo fue redecorado y renovado casi en su totalidad en estilo neocolonial" (Tovar I 38). Hoy ese inmueble es ocupado por las oficinas del Departamento del Distrito Federal.

⁷ El Portal de Agustinos corría desde la calle de la Palma hasta la Plaza Mayor. Fue construido por los religiosos agustinos hacia 1673. Al llegar aquí cambiaba su nombre por el de Portal de los Mercaderes y continuaba hasta la calle de Plateros (hoy Madero). Fue obra del siglo XVI. Se rehizo en 1675 y se demolió en 1895. En su lugar existió el Centro Mercantil, hoy Hotel de la Ciudad de México (Tovar I 38-39).

gullidos en noche de luna, después del paseo por las Cadenas⁸; quién pasa revista de abogados, doctores y gentes de letras, que se reunieron en la librería inolvidable; quién con sonrisa decameronianiana trae a colación un descarrío galante protegido por la penumbra; una aventura de enagua de castor y gargantilla de corales; quién dedica un sudario al matado, una sátira al sereno de sombrero de charol y una silva épica a los episodios de la revolución, vistos desde ese lugar más triste, más sucio, más peligroso por aquellos tiempos.

Y comprendo la tristeza de esos taciturnos encariñados con su capital colonial de piedras salitrosas y arquitecturas conventuales; comprendo que para ellos ese derrumbe no significa solamente la destrucción de una esquina, sino la demolición de viejas preocupaciones, la ruina de viejas ideas, el desplome de muchos principios.

Los viejos monumentos como que guardan en sus junturas la ciencia del pasado, como que en sus rincones se refugian en forma de araña, o sabandija, las ideas de su infancia; símbolos, alientan las preocupaciones de los devotos, alimentan con recuerdos el credo, el plan político, el ideal de casta o de partido. El fraile tolera la exclaustación, pero tiene esperanzas, mientras no dividen en lotes los terrenos de su convento; pasa frente a las mudas ventanas, ojea los labrados churriguerescos y muy en su interior murmura un ¡quién sabe! que atiza la esperanza.

Pocos quedan de aquellos señores rancios de capa española, tabaquera, paliacate y reloj de llave; pero esos pocos asidos en el

⁸ En el siglo pasado una gran parte de la población solía pasear delante del atrio de la Catedral, alrededor de las cadenas “suspendidas en postes de cantería que marcan su recinto. El Paseo de las Cadenas era hasta cierto punto aristocrático [...] lo bello del lugar, lo interesante de la concurrencia, y la variedad de lances, dignos de observación que allí se presentan, lo hacen merecedor de estima” (Orozco y Berra 132-133).

naufragio de sus principios a la podrida tabla del pasado, esos pocos, sienten un desgarramiento a cada golpe de barreta en los muros coloniales.

Porque la ciudad nueva levantada sobre escombros, les dice que nada se respeta de lo suyo; la lamparilla substituida por el foco, el sereno por el gendarme, el puesto de comestibles por la alacena de lentes, la librería por la cantina, el *angelus* por el campanileo de los tranvías, y los gravederos doctores por corrillo de gentes que hablan de todo, entre voceo de periódicos y disputas de cocheros, todo ello les anuncia que su turno ha pasado, que son momias, que el cataclismo es cierto, que el modo de cosas que ellos llaman herejía está implantado y que vencieron, por fin, los anatematizados, sin que el cielo se desplome y la tierra se abra para tragarse a los impíos. Más aún, desarrapados muchachillos gritan el folleto burlesco del portal condenado a muerte... no sólo escarnecen el ayer, lo desnudan, lo desmenuzan, lo ponen a la vista de todos, y bailan sobre sus restos...

Y esos vestales de la historia antigua, miran en una demolición, no una medida de utilidad pública, una obra en pro del ornato, un embellecimiento de una avenida; como fanáticos simbolizan y el portal es símbolo de una edad, la suya.

El Chino⁹

Lo expulsaron de la municipal por incorregible, y era, además, un prodigio de precocidad; declaraba plazuela el salón de estudio y enseñaba rudos manejos a los menores; esto no se le dio un bledo, y lo que las aulas desechan el potrero recoge, y helo ahí en compañía de otros desertores de la misma laya, echándose sus 'volados' por San Lázaro¹⁰, pasándose los días en el columpio y siendo un invencible en el juego de canicas; cuando surge una disputa se arma de piedras, y carga para las grandes ocasiones una charrasca entre los dobleces del fajo; no llega a los quince y ya tiene un chirlo y dos descalbraduras; se para como los muy hombres, rascándose el ceñidor, echándose el sombrero para la coronilla y escupiendo por el colmillo. Es listo para los quites, pero una maravilla para las fugas cuando el gendarme del punto, un enfermo de vórice, entre toses y sofocones trota hacia la zanja seca, donde yace un muchacho sin sentido y echando sangre por boca y nariz. Conocen al héroe en toda la Demarcación; comienza a hacerse de fama porque es muy templado, insolente con los gendarmes, tramposo con los de la tienda, insaciable en la pulquería, 'provocativo' y 'alburero' con cuantos se presentan e irrespetuoso con su señora madre, a quien

⁹ Micrós. "El Chino". *El Universal*, 21 de enero de 1896, t. XIII, 2ª época, 13, 1.

¹⁰ Micrós se refiere seguramente al barrio de San Lázaro donde en 1593 se concluyó un pequeño convento que dio albergue a los religiosos mercedarios y donde se siguió construyendo paulatinamente el famoso convento de La Merced.

dice ternos de tiembla y cállate. Antes de los quince años es el amigo íntimo de un sargento sin narices y de cocheros de media noche, camela a las domésticas y es el amasio oficial de la Garrapata, una hembra diabólica con seis entradas en Belem¹¹, dos en el Hospital, cuatro consignaciones por ebria escandalosa, sospechas de robo y pruebas confirmadas de haber desarmado a un gendarme y arrancado los cordones a otro; esta joya de plazuela, terror de hombres y espanto de mujeres cayó, ante el famoso Chino, porque fue el que la golpeó más recio para solicitarla en amores.

El Chino se ríe cuando ella se pone celosa después de libar con abundancia y le promete a la primera cortarle la cara; pero el Chino que es el mismo diablo, se pierde siempre que puede con quien le conviene, es el Tenorio lépero de su rumbo, las de pie en el suelo no lo resisten, saben que las patea y eso es un alto timbre para las conquistas.

En dos cuadras a la redonda, hace su malvada voluntad; lo conocen y por ello le tienen miedo los gendarmes y evitan aprehenderlo, rompe copas en La Numancia y no se las cobran, oferta frituras a sus amigos cuyo importe no satisface y la de la cenaduría se conforma; tira su chiquihuite de tortillas a Doloritas la del Baño, y Doloritas no dice esta boca es mía, más de una vez ha hecho 'funda de gente' a su chaveta y los heridos no lo han denunciado porque dicen: más vale sumirse a que nos rematen, y mañana, cuando en un acceso brutal acribille a puñaladas por la espalda a la Garrapata, cuando con gran escándalo y movimiento de linternas lo atajen porque irá herido, agredirá a la policía, llegará a Belem,

¹¹ El cronista se refiere a la cárcel de Belem que fue una de las secciones en las que se dividía el Convento de Belem de mercedarios, ubicado frente a la arquería de Chapultepec. Cuando La Acordada fue destruida, Belem recluyó a los presos que provenían de aquella vieja prisión que estuvo ubicada en la actual avenida Juárez. En 1933 la prisión de Belem también fue destruida.

negará hechos y lo llevarán a fusilar, y el Chino se presentará con su sombrero galoneado, su jorongo vistoso y su puro; señalará el pecho para que le apunten y caerá sin haber parpadeado.

El peladaje ama a ese personaje monstruoso, goza con sus altanerías y sus perjuicios, aplaude sus puñaladas, tiembla con sus amenazas, ríe de sus abusos de sátiro y le compondrán su canción para vihuela cuando lo maten, y uno que sepa leer leerá su jurado en no importa qué reportazgo, esa efímera biografía de los que no han visto la suya sino en los libros de la Inspección y de la Alcaldía, y no será remoto que lloren dos comadres, y una devota prenda su cera por el descanso de un alma que no tuvo.

¿Ateneos?¹²

¡Un ateneo protegido por el Gobierno!

Algunos lo quieren, probablemente personas de un corazón henchido de generosidad, pero ignorantes de lo maltrecho que anda entre las personas del gremio y aun sus extrañas, el espíritu de asociación.

Algún anticuario, un bibliófilo quizá, tal vez el mismísimo González Obregón¹³, escribirá un voluminoso folleto que se ocupe de los liceos, ateneos, círculos, sociedades, clubs, etc., que o tuvieron una vida efímera, o murieron de inanición, o no pasaron de los vagidos de la infancia por dos faltas gravísimas ¡ay!, por falta de cuotas o por falta de formalidad; él nos dirá cómo en esos terruños con tendencias académicas, se comenzó por cultivar las bellas letras y se cosechó a la postre inmerecida cizaña; cómo los salones, estremecidos por las arengas inaugurales, ricas en interjecciones de fraternidad, fueron quedándose mudos y fríos, con un acta, por concluir, en el sitio de la Secretaría, y un timbre que se ha empolvado por no tener a quién llamar al orden; él pintará los banquetes de aniversario con efusiones estrepitosas y brindis ten-

¹² Micrós. "¿Ateneos?" *El Universal*. 14 de febrero de 1896, t. XIII, 2ª época, 33, 1.

¹³ El trabajo de Luis González Obregón (1865-1935) se da entre la frontera de la historia y la literatura. A su interés por el pasado histórico de la ciudad se deben libros como *México viejo* y *Las calles de México*, entre otros. La vida cultural del México decimonónico quedó recogida en muchas de sus obras.

denciosos, y después la dispersión lenta, de todos los desertores, del salón de sesiones.

Hay mucho egotismo en la moderna familia pensadora, y ese egotismo no permite la subordinación que han menester las agrupaciones; falta de un jefe reconocido, la falange se ha dividido y cada cual va por el camino que su estética o sus tendencias le han marcado. Ya no buscamos a los 'Maestros'¹⁴ que pueden tener el secreto de reunir unas dos horas bajo el mismo techo y con todos los aspectos de la cordialidad a esos elementos perpetuamente antagonistas, que se llaman poetas o prosistas, lo mismo da; no porque falte entusiasmo, sino porque faltan alientos, porque la pereza es mal epidémico, porque se cree poco compensada una peregrinación en tren o a pie, con la audición de una anacreóntica o de un capítulo de novela; porque se antoja a los iniciados una mesa directiva, algo así como un tribunal de censura, y todos tendemos a la independencia; es triste pero es cierto, nos engreímos muy pronto con las alabanzas, y un párrafo de gacetilla encomiástico, una bondadosa alusión en tal o cual revista, adquiere el valor de certificado de sabiduría o de genio, aunque no tengamos empacho en llamar mañana imbécil al que la hubo de escribir.

Somos intransigentes; fuera de nuestros amigos, el resto es de imbéciles, por más que en el escrito humilde de un humilde periódico de provincia o en el verso modesto de un semanario sin pretensiones descuelle, entre faltas del crecimiento comunes a todo el que 'comienza', una flor de legítimo mérito. El grupo militante es conocido y limitado, se pasea de una a otra redacción de periódico; se me figura, y a nadie intento ni rozar siquiera, uno de esos ejércitos de teatro que formado por seis entra por un bastidor y sa-

¹⁴ El maestro por excelencia de Micrós y la generación de la República Restaurada fue Ignacio Manuel Altamirano, quien fundó *El Renacimiento* (1869) y auspició las veladas literarias y la creación de periódicos y revistas.

le por otro produciendo el efecto de una legión, y de esos seis apenas dos son sinceramente amigos; en lo íntimo se detestan mutuamente.

¡Y de qué viene todo eso! De que han aprendido a ser escépticos, ante un público que no lee, ante una prensa que publica, prefiere y ensalza lo más barato; una prensa que no hace distinciones y lo mismo alaba a un Duque Job¹⁵, que aplaude a no importa qué improvisado crítico de arte, en cuyos artículos se adivinan luengos años preparatorios para la peluquería o el comercio de abarrotes; de que ser literato aún para gentes que se dicen de talento y amplia cultura equivale a ser un pillo, un holgazán, un inepto sin garantías, sin porvenir (en esto no se engañan) y sin utilidad de ningún género.

Pedid un destino no importa dónde, en un café o en una fábrica de corbatas, y si saben que escribís en periódico y componéis versos, después de veros de reojo, exclamará un patán de trastienda:

¡Ah!, ¡literato!

Un individuo de dudosos antecedentes merece las preferencias; literato es sinónimo de flojo, y con estos antecedentes un 'Ateneo Nacional' bien puede ser, para esos moluscos del capital, una penitenciaría.

Bien hayan los ministerios que admiten en sus oficinas a los Peza, a los Urbina, Gamboa¹⁶, y otros tantos que, sin un sueldo fijo, tal vez hubieran quedado perpetuamente inéditos.

¹⁵ Uno de los seudónimos que usó Manuel Gutiérrez Nájera.

¹⁶ Luis G. Urbina trabajó en el Ministerio de Educación y Bellas Artes. Gamboa ingresó al servicio diplomático en 1889, en calidad de tercer secretario de la Legación de México en Guatemala.

Heredismo y otras yerbas¹⁷

Es preciso confesar que la más terrorífica de las narraciones del siglo pasado no causa ni con mucho el efecto que provoca la lectura de cualquier obra de medicina, capítulos “Nuevo organismo” y “Herencia”, de cualquier novela, con sus ejemplos de atavismo; o dramas por el estilo de los de Ibsen, en donde las calaveradas de un padre crapuloso producen en el hijo un *remollimento cerebrale*, o cualquiera de esas malditas enfermedades que no tienen remedio.

El microscopio nos ha enseñado que la sangre es un caldo de cultura, que los famosos nervios, hilos telegráficos, suelen tener, como los alambres sus golondrinas, uno que otro microbio posado en sus fibrillas y que el aire que respiramos, el agua que bebemos, el pan que deglutimos y la ropa que vestimos, son colonias de intrusos siempre en acecho para sentar sus reales donde les conviene, ¡Valiente Valle Nacional que somos para esos rateros de la salud!

Después resulta que también el hombre tiene un pecadillo original y que cae de generación en generación, sin que haya agua bautismal que lo borre; pues no se acostumbra bautizar con licor de Vera Swleten, ni con soluciones desinfectantes que bien lo necesita cada pobre generación que viene a la vida con las manifestaciones claras de las faltas paternas. Es para echarse a temblar el que una lumbrera os diga que si vuestro abuelo fue afecto a los aguar-

¹⁷ Micrós. “Heredismo y otras yerbas”. *El Universal*. 14 de marzo de 1896, t. XIII, 2ª época, 58, 1.

dientes, que si vuestra tía por amores contrariados tuvo sus accidentes, sus ataques, sus pataletas nerviosas; si un tío paterno intentó ahorcarse con la cuerda del reloj; y si un primo ha resultado ratero de golosinas; todo ello no indica sino que vos sois un candidato para la extravagancia, para la monomanía, para sabe Dios cuántas diabluras... ¡Y que no tiene remedio! Curar vivos suele ser difícil, pero enmendarle la plana a los muertos, sólo a Cristo le fue dado, haciendo al ya corrupto Lázaro, un testigo de su poder bueno y sano.

¡A dónde diablos vamos a parar! Eso me pregunto, ante el decaimiento de la raza humana¹⁸. ¡Qué actitud tomarán los gobiernos mañana que un ochenta por ciento de ciudadanos sea más [...] que una flecha envenenada de salvajes; mañana que un ochenta por ciento de candidatos al matrimonio resulten, el que no epiléptico, tuberculoso; el que no tuberculoso, enfermo del mal de David!

Aquí viene bien la previsión sajona. Se aseguran los equipajes por mar y tierra, se aseguran las casas contra incendios; hay seguros sobre accidentes; seguros sobre la vida; seguros sobre fianzas; seguros sobre animales de carreras sobre perros; sobre obras de arte; sobre laringes de grandes cantantes o cantatrices, y en los albores del siglo XX surgirá una sociedad de seguros también sobre las descendencias, las calamidades hereditarias y los contagios.

Por lo pronto los matrimonios andan mal; noto, para satisfacción de mis conciudadanos, que las listas del Registro Civil disminu-

¹⁸ Se refiere Micrós al problema del decadentismo, discusión que surgió en las páginas de la *Revista Azul* cuando Carlos Díaz Dufóo comentó los libros de Max Nordau. En las páginas de la revista, Petit Bleu se refirió a los métodos científicos aplicados al estudio literario. Este problema lo estudia Gustavo Jiménez Aguirre en la tesis de maestría "La discusión del modernismo en México (1893-1903)".

yen a medida que los rendimientos de las cantinas, de las casas de juego y las casas de prostitución aumentan; y que la mortalidad de los niños, no todos legítimos, y sus enfermedades han proporcionado a la estadística y a la clínica nacional los datos más peregrinos.

Me callo lo que gritan los hospitales y los cementerios; nada digo de los locos sueltos ni de los locos secuestrados que se hallan sujetos a tratamiento, ni menciono siquiera a los suicidas que van muriendo sin que nadie se escandalice y dejo en el tintero la cleptomanía o raterismo, que va adquiriendo los caracteres de una epidemia.

Revuelvan ustedes esos elementos y díganme qué especie de monstruos resultarán de ese maridaje de furias. Día llegará en que los matrimonios se celebren con dos testigos más al lado del juez o del cura: un médico y un gendarme. Pues las amonestaciones se leen sin que les responda una objeción: nadie tiene impedimentos; todos son de manga ancha y el sigilo profesional veda gritar en público que fulano está más para el hospital que para el gineceo. Es de exigirse a los contrayentes un pedigree (pase el término) y un certificado de buena salud, porque entre una raza de convulsos y una sociedad de célibes, quien sabe qué será preferible.

Impresiones de ciclismo¹⁹

La bicicleta es algo más que un aparato de locomoción al que encuentro muchas ventajas, de las cuales enumeraré algunas: liberta del cochero de sitio, es decir, de los tumbos y sangoloteos, del cinismo y ordinariez de los aurigas, de las cuentas siempre discutidas, de si se cumplió o no se cumplió la media hora y si la máquina de tormento fue de bandera amarilla o roja; liberta, ¡gracias Dios mío, gracias! liberta de los Ferrocarriles del Distrito, es decir de la lentitud, de los descarrilamientos, de las corridas paradas, de las carrozas fúnebres que no encuentran escape, del boletero que no tiene cambio, de las señoras que viendo el coche lleno, se suben con todo y la cría y os fuerzan a ir parados, sin dar siquiera las gracias; de las conversaciones tontas del tranvía y de esa especie de prensa humana que os hace sudar el quilo, encerrados en un carrito que se desarma, y oliente, por gracia del calor, a humo, a sudor y a zapatos; os liberta de los encuentros en la calle con gentes que no sabiendo qué hacer de su tiempo, roban el de los demás; del modo de andar enteramente vacuno, asnal de nuestro público, que no puede seguir la línea recta sino el zigzag de los corrillos de colosos, de los rebaños de señoras que platican invadiendo la acera; de saludar a personas cuyo nombre ni siquiera se recuerda y de huir pedaleando con fuerza de los mil caños que en nuestras calles sueltan sus emanaciones deletéreas.

¹⁹ Micrós. "Impresiones de ciclismo". *El Universal*. 6 de junio de 1896, t. XIII, 2ª época, 913, 1.

Cierto que tiene sus peligros; como invención cauta avanza con lentitud por nuestras vías públicas, que son en su mayoría caminos de herradura, pero no de seres humanos, civilizados y con Ayuntamiento. Hay que llevársela al campo en pos de oxígeno y de arboledas, pero dentro o fuera de la ciudad, proporciona un caudal inagotable de observaciones.

Creí que nuestro bajo pueblo era tonto, pero nunca supuse que su imbecilidad malévola llegara a los límites que he podido apreciar.

Hay que ver a ese bajo pueblo con su odio a todo lo nuevo, hay que verlo silbando a un americano; hay que verlo aventando piedras para producir una caída, una fractura, la muerte tal vez; hay que verlo tirando en las veredas transitables, huesos, tepalcates y pedazos de hierro; en las esquinas procurando formar un compacto grupo, si guía un carro cruzarlo precisamente por donde se tiene que pasar; si funge de cochero azuzando con el látigo y el silbido; si es pulquero, rodando el tonel para que haya una colisión; si es vendedor haciéndose el sordo para ver derribada su mercancía y reclamar el precio de ella; si es muchacho de vecindad lanzando el cohete o enfureciendo al perro para que persiga al ciclista y le haga perder el equilibrio; si es artesano procurando darle un navajazo a la llanta [*sic*] y si es gendarme mirando con paternales ojos esas travesuras, que pueden convertirse en crímenes perfectamente pesados por la ley, pues éste como cualquiera otro vehículo paga su contribución y como tiene sus responsabilidades debe tener sus garantías.

La odian, la odian los pedestres, no de blusa, sino gentes formales que se indignan de que se les suene un timbre o se les pida el paso; la odia el indígena que la amenaza con su honda y con su jauría [*sic*] y si lleva encima una mujer, el decente y el pelado, se creen con derecho para lanzar el mote o el insulto o el silbido.

Y con todo ello se goza; con la fruición malévola de las gentes de un balcón que ven dar dos vueltas por el aire a un infeliz que por no atropellar a un niña que gatea en medio de la calle, perdió las manijas y pedales; se goza con la lentitud de una pobre calandria, que quiere apostar carreras, pero a las dos calles los catódicos jamelgos, o se desarman o se privan; se goza con las sorpresas que procura nuestro vergonzoso alumbrado eléctrico, más propicio al crimen y a la colisión que al buen andar de pedestres o no pedestres; se goza, sobre todo, con un tren que saliendo a las dos en punto de la plaza, llega al segundo kilómetro, ciento ochenta minutos después, con dos descarrilamientos, treinta y cinco paradas necesarias y cuarenta y dos inútiles, un machucado, y eso sí, doble carga y todos los boletos vendidos a cinco o diez centavos por mártir.

El centro²⁰

Y cómo se abusa de esa bendita frase ¡el centro! ¡el centro! Es una de tantas que perduran en el lenguaje común y tiene significativo filosófico, histórico o cronológico.

Tan sólo las ciudades nacientes tienen centro, plaza principal, corazón, o como quiera llamarse a la agrupación de casas y calles que formaron el embrión del poblado; el núcleo de la villa, los principales comerciantes: la iglesia capital; los poderes públicos todos se reúnen ahí como bajo la misma tienda en medio del desierto; las procesiones comienzan y terminan en un perímetro; el primer reloj marca la hora para sus dominios; el pregonero grita las novedades en las esquinas donde el pegador coloca los Bordes: en la plaza mayor se improvisan el mercado, el arco triunfal, los fuegos artificiales y el cepo y la horca; las tropas reciben en idéntico punto la orden del día y en la noche el jefe de la tribu de los faroles parpadea alumbrando los cimientos de un monumento que acaba de completar la primacía de ese eje ideal, del movimiento público.

El centro es, pues, importante por tradición, y las más veces muy mal escogido; monopoliza las garantías a costa de los suburbios y los años, el desarrollo de la cultura, las mejoras materiales, el aumento de población, le quitan su carácter geográfico, dejándole solamente el simbólico.

²⁰ Micrós. "El centro" *El Universal*. 21 de julio de 1896, t. XIII, 2ª época, 939, 1.

Ir al centro significa actualmente para muchas familias, un viaje de recreo, tomar el tranvía, husmear todas las tiendas de ropa, estacionarse frente a los escaparates, preguntar ochenta mil precios, hacer cálculos mentales de altas matemáticas caseras, gastarse los ahorros, endrogarse hasta el pescuezo y convencerse de que realmente el marido es un pobre hombre que gana escasísimo sueldo, pues que echándole cortes y zurcidos al gasto, no se completa el importe de esa linda muselina que se ofrece casi regalada. Las damas vuelven siempre del centro con mal humor y con jaqueca... ir al centro es el prólogo de muchas caídas, infidelidades y divorcios. Hay algo de taurino en la mujer: sigue el trapo, y el centro es el gran tentador, el derroche de muestras, el vértigo de los percales, la tierra prometida de los terciopelos, el edén de las sedas...

¡Precios del centro! reza en fondo azul con letras blancas en la fachada de un humilde tenducho de barrio donde un tétrico dependiente vocea cambayas bajo la bambalina formada por enormes pañuelos rojos con dibujos significativos...

Y el centro engaña; si es matriz de actividad comercial también es foco de molestias y de incomodidades, ahí las fondas envenenan al vecindario con sus caños, ahí se nota más que en ninguna otra parte la deficiencia del alumbrado, ahí se maldice el pavimento, ahí se conjuran los rateros, ahí se atontan los gendarmes, ahí se explota al marchante duplicando los precios, ahí se congregan los murmuradores, se destrozan las honras, se disecan las virtudes y se contraen peligrosos compromisos.

No está concluida una ciudad que necesita para vivir esas muletas; anda su infancia la que necesita como los niños que le cuiden la mollera y son molleras esas calles consentidas por el Ayuntamiento mientras a tres cuadras reina el punible abandono, se cree habitar en un poblacho y mortifica dar una dirección, mencionar un callejón o una plazuela que no queden siquiera por el centro.

La caricatura de Villasana²¹ es lo más expresivo y cierto que he visto para pintar a la ciudad: una mujer vestida del busto para arriba con roles y bordados pero la enagua harapososa y los pies descalzos.

²¹ José María Villasana (1848-1904) fue uno de los célebres caricaturistas de *El Ahuizote* y *El Mundo Ilustrado*. Acompañó a Micrós a Chicago en 1893 a la exposición para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. En la ciudad fabril intentaron publicar un periódico que recogiera los testimonios de ese acontecimiento, sin embargo, el proyecto fracasó por falta de capital y de publicidad.

- JIMÉNEZ AGUIRRE, Gustavo. "La discusión del modernismo en México (1893-1903)". Tesis de Maestría. México: Facultad de Filosofía y Letras, 1995.
- MICRÓS [Ángel DE CAMPO]. "Kinetoscopio. Erudición popular". *El Universal* [ciudad de México] 27 agosto 1896.
- MITRI, Jean. *Estética y psicología del cine*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- OROZCO Y BERRA, Manuel. *Historia de la ciudad de México: Desde su fundación hasta 1854*. México: Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Revista Azul*. Edición facsimilar. Tomo I. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura, 1988.
- REYES, Aurelio de los. *Los orígenes del cine en México, 1896-1900*. Lecturas Mexicanas, 61. México: Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1984.
- TORRI, Julio. *Ensayos y notas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Colima, 1988.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo. *La ciudad de los palacios. Crónica de un patrimonio perdido*. Tomo I. México: Vuelta, 1992.
- URBINA, Luis G. "Crónica semanal. El cinematógrafo". *El Universal* [ciudad de México] 23 agosto 1896.